

Messi homenajea a Guardiola (y viceversa)

Que el alud de afectos no debilite el desenlace de esta temporada

Artículos | 06/05/2012 - 00:00h



SERGI PÀMIES

...

La sábana gigante desplegada ayer en el Camp Nou no debería impedirnos ver las limitaciones de un partido marcado por la ausencia de competitividad, la excepcional trascendencia de Messi, el furor arbitral por pitarnos penaltis y el gregarismo recreativo de la ola. En la grada, festival de pancartas y una que concentra la esencia escatológica y la rauxa idealista de parte del país: "Pixem colònia, cagarem perfum". Durante unas horas, la jerarquía del ritual se invierte: la guarnición no acompaña el plato fuerte y el partido es el pretexto para llegar al homenaje.

A Guardiola le gusta que los jugadores no cambien. Quizá por eso, Pedro y Busquets son, además de Keita, los que mejor han conectado con su manera de entender la vida y el trabajo. Esta admiración por la humildad insobornable ha marcado una era con un final demasiado largo y melancólico y, al mismo tiempo, implacablemente coherente. Hace once años, Guardiola publicó un libro (*La meva gent, el meu futbol*), con la ayuda de dos periodistas (Luis Martín y Miguel Rico) que hoy son buenos intérpretes del guardiolismo. Lo que entonces escribió, prologado por David Trueba, podría firmarlo hoy con la consciencia tranquila de no haber traicionado sus principios, tampoco a la hora de mostrarse moderadamente incómodo con las muestras de cariño que, por sentido común, sabe que no le pertenecen del todo.

Luna llena. Joan Laporta se suma al homenaje con unas declaraciones que, según cómo se miren, aportan el veneno de la discordia o la pimienta de la justicia retroactiva (y, en cualquier caso, la evidencia de la inoportunidad). En el banquillo, custodiado por un anuncio de La Caixa en el que puede leerse "Escriu el teu futur", Guardiola lo escribe sin aspavientos, concentrado en ser el mismo que hace once años. O, por lo menos, en intentarlo con una obstinación que no siempre se entiende o que, simplemente, provoca extrañeza o legítimas decepciones.

Aquel libro ya contenía la esencia del personaje: los orígenes (dedicatorias a los abuelos y a los padres), la necesidad de sentirse respaldado por los mejores afectos (el prólogo del amigo, la referencia a la compañera), la gratitud a los maestros (Tort, Rexach, Cruyff) y entender la vocación como un privilegio y no como un refugio de resignaciones. En estos cuatro años, no creo que Guardiola haya perdido este sentido de clan. Como mucho, habrá sumado nuevos nombres a la estructura (uno de los cuales, Manel Estiarte, aprovechó la ocasión para, en el mismo tono de cuando llegó, despedirse).

La naturalidad que, antes del partido, reclamaba Guardiola -y que, a su pesar, no ha podido controlar- era imposible. Dejarlo todo en manos del azar expresivo no era realista y el club tenía que hacer algo aún sabiendo que, hiciera lo que hiciera, se equivocaría. O se quedaría corto o se pasaría de frenada, pero no contentaría ni a Guardiola, ni a todos los culés, ni a la propia necesidad de pasar página sin sentirse desagradecido o ser acusado de tibieza institucional.

La inevitabilidad de este adiós servido por etapas es, pese a la alegría de la victoria de ayer, extraña y dolorosa. Y habrá que vigilar que el alud de afectos, espontáneos o inducidos, no debilite el inminente desenlace de la final de Copa. Ayer el Camp Nou se despidió sin división fratricida ni necesidad de sacrificarlo con la trituradora del martirio (y con problemas de micro), de uno de sus mejores entrenadores. Ahora que ya nos hemos dicho adiós y que le hemos sacado todo el jugo posible al Que tinguem sort (¡basta!), centrémonos en la Copa, el bonus track de una sinfonía inolvidable.